

Sobre el objeto de la práctica filosófica: en torno a la noción de la subjetividad

Gabriela I. Berti AFPC-UAB

tertulias@gmail.com

“La filosofía no es una teoría sino una actividad”

L. WITTGENSTEIN, *Tractatus logico-philosophicus*; 4.112

introducción

La filosofía, como disciplina sistemática de pensamiento, ya tiene muchos siglos recorridos, sin embargo su conexión con la *praxis* siempre ha sido controvertida. Desde este punto de vista la práctica filosófica hoy emprende nuevos desafíos y cuestionamientos vinculados con su capacidad de acción. Por ello creo que es oportuno volvernos hacia una pregunta fundamental: ¿Cuál es el objeto de la práctica filosófica? Sea que nos ocupemos del asesoramiento individual (Philosophical Counseling), del trabajo en las empresas (Philosophical Consulting), de la dinamización filosófica: talleres, tertulias, café philo (Group Facilitation) o de la divulgación filosófica, la pregunta parece seguir siendo pertinente.

Si la filosofía no se agota en una formación discursiva, si también es una actividad práctica que se dirige a los otros e interacciona con ellos, entonces debe detenerse a pensar y crear sus conceptos, no como proposiciones que se definen por su referencia, sino como la condición misma del acontecimiento del pensamiento y la acción. En este sentido me propongo abordar la cuestión de las prácticas de subjetivación (en tanto que elemento fundamental de la práctica filosófica) como uno de los caminos posibles para ponderar el tema presentado.

Al caracterizar los procesos subjetivantes, no intento crear un universal que pueda aplicarse a todas las circunstancias de la práctica filosófica, por el contrario, intentaré alejarme de la imagen de un sujeto fundacional (como si se tratase de un carácter sustantivo de lo humano). Siguiendo a FOUCAULT, me apartaré de cualquier teoría *a priori* del sujeto con el fin de analizar las relaciones que puedan trazarse entre las constituciones de la idea de subjetividad y las diferentes formas de subjetivación a los que nos arrostramos quienes nos dedicamos a la práctica filosófica.

una filosofía del *cogito*, una filosofía de la subjetividad

“No me pregunten quién soy, ni me pidan que permanezca invariable: es una moral de estado civil que rige nuestra documentación” M. Foucault, *La arqueología del saber*.

Preguntarnos por el objeto de la práctica filosófica nos puede llevar por distintos derroteros, pero prefiero centrarme en dos de ellos: la filosofía del *cogito*: en la que los enunciados aparecen como el correlato de un modo de pensar, y la de la subjetividad: donde el acento estará puesto en la experiencia de los procesos de subjetivación. Comenzaré por lo que se me presenta como más lejano al punto de vista que pretendo indicar. Si aceptamos que en la práctica filosófica debemos acercarnos a una serie de discursos que proponen el/los consultante/s, entonces es conveniente examinar los conceptos filosóficos con los que abordamos esos discursos, esto es: de qué manera consideramos la producción de enunciados a partir de un sujeto de discurso. Por una parte podríamos respondernos que la organización de un discurso, las jerarquías que establece, etc. tiene sus raíces en una determinada forma de pensar, un *cogito* que expresa un tipo de existencia.¹ De esta manera el asesor ayudará a mostrar, desocultar y abrir un sistema de entidades veladas en los discursos, tomando a la filosofía como la capacidad que permite fundar un cálculo para describir modos de pensamiento y de conocimiento, pero no habilita un tipo de experiencia específica.²

Así la filosofía del *cogito* muestra que todo enunciado es la producción de un sujeto, separando al sujeto de lo que produce el sujeto de la enunciación y del enunciado. Este es el camino puntual del *cogito* cartesiano, puedo decir: ‘pienso luego, soy’ pero no ‘camino, luego soy’, porque ‘yo camino’ es un sujeto del enunciado y ‘yo pienso’ es sujeto de la enunciación. De esta manera el sujeto no puede producir un enunciado sin estar escindido en ese mismo enunciado. El *cogito* queda atrapado en las redes del dualismo, sin poder comprender que el pensamiento es un proceso y una experiencia que no se agota en el pensar cerrado en sí mismo, ni se expresa (u oculta) totalmente en el discurso.³ La filosofía del *cogito* nos arroja la pregunta: ‘qué es este discurso’, dirigiéndose a establecer una verdad de lo que las cosas ‘son’. Por otra parte, desde el análisis de las prácticas de subjetividad, aparece la interrogación sobre ‘qué (nos) pasa’, dirigida al valor y la experiencia de las cosas que (nos) pasan en nuestro presente y no a los juicios (articulados en enunciados) sobre el presente.

La dirección que abre la última interrogación invita a recorrer el pensamiento foucaultiano. En pocas palabras, el objetivo no es descubrir ‘lo que somos’ y ‘lo que pensamos’ sino imaginar y construir lo que ‘queremos ser’ y liberarse de los principios de individuación (cristalizados en los enunciados discursivos). Dice el mismo Foucault: “Nos es preciso promover nuevas formas de

¹ Tomo como referencia las *Meditaciones* de DESCARTES, que constituyen lo que se ha denominado: práctica del yo, no obstante, DESCARTES, sustituye al sujeto constituido por las prácticas por un sujeto centrado en la conformación de conocimiento y pensamiento.

² En los años inmediatos de pre y posguerra (Segunda Guerra Mundial), la filosofía europea continental estaba dominada por la filosofía del sujeto vinculada al impacto del pensamiento de Husserl. (filosofía de la consciencia y del significado). Aquí se inicia (cabalmente) el problema de la subjetividad y de la filosofía del sujeto entendida como una hermenéutica del yo. Para señalar la construcción histórica del yo profundo y del sujeto moderno (‘sujeto hermenéutico-freudiano-cristiano’), esta hermenéutica se remonta genealógicamente al cristianismo. Cf. MICHEL FOUCAULT “Por una genealogía del sujeto”; pág. 171-181. (Introducción a un seminario dictado por FOUCAULT y SENETT que dictaron en forma conjunta); en AA.VV.; *Foucault y la ética*; Buenos Aires; Biblos; 1988.

³ Cf. G. DELEUZE, *Derrames. Entre el capitalismo y la esquizofrenia*; trad. Cactus; Buenos Aires; cactus; 2005; pág. 179-198.

subjetividad rechazando el tipo de individualidad que se nos ha impuesto durante siglos”.⁴ Es decir, ocuparnos desde la práctica filosófica de concebir una ontología del presente para analizar modos de subjetivación y no de revelar un *cogito* que descubre modos de objetivación, como la forma en la que algo se constituye para un conocimiento y un pensamiento posible. El sujeto no sólo se descubre en el juego de los símbolos del pensamiento (del *cogito*), sino que también se constituye en las prácticas reales e históricamente analizables.

Es conveniente tener presente la advertencia hecha en la introducción de este escrito: al hablar de prácticas de subjetivación no se trata de delinear un sujeto universal del discurso,⁵ sino de mostrar una red de prácticas (de subjetivación) complejas, que se dan siempre en el marco de la experiencia. El sujeto no es una sustancia sino más bien una forma que no se mantiene idéntica a sí misma, es por eso que intento apartarme de cualquier teoría *a priori* del sujeto para analizar las relaciones que puedan existir entre la constitución de los sujetos, los juegos de verdad de los enunciados y sus prácticas. Sin duda alguna hay interferencias entre los cambiantes modos de subjetividad, pero en cada caso se establecen formas discordantes de relación que rehuyen al modelo de la identidad (la mismidad).

Se trata entonces de pensar una transversalidad subjetiva, no compacta o coherente, sino procesual, magmática, que cae en contradicciones sin por ello incurrir en el error. La contradicción es en sí misma constituyente, yo soy quien desacierta, quien tiene una multiplicidad de frentes que gestionar y no que sintetizar en un ‘yo maximalista’⁶ (identidad de un yo que piensa -*ego cogito*-). Opuesto a él hay un ‘yo minimalista’, transversal (que desune la sustancia de la identidad), que dona parte de su yo en la relación en los otros (con lo otro), es un yo que abre procesos de des-identificación consigo mismo. Este ‘yo minimalista’ hiende las prácticas (que no son ni verdaderas ni falsas), posibilitando la alteración de las relaciones con el sí mismo, con los demás y con el universo socio-cultural en que se asienta, hace de la subjetividad un ‘entre’, un lugar de cruce de las experiencias. De tal manera que el yo (yo minimalista) no es el que ‘Piensa’, es la construcción del pensar, una forma de hacer que se figura una detención (ficticia) en el devenir inalterable.

Se abre así la construcción de un campo de juego como un espacio para encontrar sentido al aquí y ahora (sentido *post-it*), alejándose del esquema que presenta al *subjectum* enfrentado al *objectum*; ya no hay nada que desentrañar hermenéuticamente en el *sub-jectum* porque no hay nada subyacente, sólo hay prácticas localizables y territorilizadas. Recuperar la experiencia de las prácticas en el despliegue del aquí y ahora de la producción de subjetividad, puede constituirse en una herramienta de investigación productiva para la actividad filosófica. Actualizar la apertura

⁴ Cf. M. FOUCAULT, “Pourquoi étudier le pouvoir: la question du sujet”, pág. 308; en M. FOUCAULT, *Tecnologías del Yo*; Trad. M. ALLENDESALAZAR; Barcelona; Paidós; 1991; pág. 24.

⁵ Hay cierta idea o modelo de humanidad que ha ido desarrollándose a través de prácticas tales como la psicología, la medicina, el psicoanálisis, etc., que operan sobre escalas de normatividad y regularidades, que permiten hablar del sujeto como una entidad ‘universal’. Esto no significa que no se pueda hablar de prácticas de subjetividad en general, sino que la noción de ‘práctica’ nos obliga siempre a dar la cara a ciertas fronteras y a la especificidad de cada construcción o configuración (del acontecimiento de la subjetividad).

⁶ Cf. M. FOUCAULT, *El Yo minimalista y otras conversaciones*; Buenos Aires.; La Marca; 1996.

hacia lo vivido sin trazar coordenadas disciplinadas, históricas y lineales, sino en una exploración activa de montaje de sentido, permite la reivindicación de la experiencia y el acontecimiento como elementos fundamentales para la subjetivación.

narración-ficción y asesoría

“La identidad (...) no es más que una parodia: el plural la habita, numerosas almas se pelean en ella, los sistemas se entrecruzan y se dominan los unos a los otros.” M. FOUCAULT, *Microfísica del poder*; pág. 28

Revisar la noción de subjetividad nos lleva también a hacerlo con la figura del filósofo asesor, estableciendo una cartografía en interacción (consultante-filósofo) que soslaya el repliegue en la interioridad, movilizandolos dispositivos analíticos y productivos de subjetividad. Ahora bien, si consideramos que la subjetivación es una forma de hacer, que el yo no es el que piensa sino el que construye (ficcional) sin sustrato, que es un lugar de densidad transitoria entre lo uno, lo múltiple y lo otro, si el filósofo asesor atiende a los acontecimientos inmanentes sabiendo que la experiencia vive e insiste más allá de un sintagma que lo formule, prefije o trascienda, entonces: cómo orientarnos en las arenas movedizas de la producción de una subjetividad poliédrica, sin detenerla o reducirla; cómo hacer funcionar el ejercicio filosófico en este terreno

Quizás la respuesta esté en un cambio de movimiento en la esfera de la consulta filosófica; no se trata de ascender filosóficamente hasta el sujeto para que dé cuenta de sus prácticas, sino de descender hasta las prácticas concretas en las que el sujeto se constituye en su inmanencia. Ahora bien, parece que esta senda invita al asesorado a ocuparse de sí mismo y de su propia subjetividad, lo cual podría hacernos pensar que se trata de estimular ‘el conocimiento de uno mismo’. No obstante el conocimiento de uno mismo es un caso particular de la inquietud por uno mismo; si nos centráramos en el ‘conocimiento de sí’ volveríamos a la filosofía del *cogito*, que nos invita al conocimiento como una forma de verdad. El análisis de las prácticas de subjetivación no genera un conocimiento sobre el sujeto, sino una actitud en relación con uno mismo pero también con el mundo y los demás. Es una forma de atender y de mirarse en el que preocuparse implica reconvertir la mirada; es una manera de actuar que se ejerce modificando y transfigurando.

Al rechazar la vía del conocimiento como forma de desentrañar la verdad o de fundar una historia que juzgue lo que tiene de pasado el presente, se arriesga una destrucción del sujeto de identidad y de entendimiento, a favor de la experiencia del acontecimiento. Lo que nos queda como resultado de este desplazamiento es una ficción del yo, una construcción que brota como un momento (un acontecimiento) de consistencia entre la potencia propia en la que también se hace presente la de los otros. Así, ya no necesitamos escindir al sujeto de la enunciación sino que lo que tenemos como argamasa es una ficción-narración. El problema de la verdad y su funcionamiento en el plano del discurso queda aquí caduco ante la potencia de la narración como práctica de subjetivación. Pararnos en este punto permite aproximarse a los discursos

como si fueran textos-narraciones, mundos posibles, un juego entre tantos, aunque sabiendo que el narrador decide mostrar algo en esa ficción y que toda narración es un entrelazado de muchas voces compiladas en una, que no se teje desde una historia formal de principios y finales.

El asesor que se apoya en esta forma de entender los discursos puede unirse a un diálogo en contrapunto con el texto-narración presentado, abriendo la posibilidad de registrar, como mínimo, dos procesos en el seno de la textualidad y despertando su propia peripecia para explorar los espacios donde el texto queda mudo o por los caminos donde el texto ha decidido no entrar. Cada narración tiene su propio *genius*, sus propias experiencias supuestas de historias y conflictos interdependientes. Pero, cabe advertir que, un texto no es la prolongación de un autor y lo que funciona en el universo de una narración puede dejar de ser operativo en el transcurso de la misma trama al conectar diferentes estructuras narrativas y experiencias en las que se apoya, sin recaer en la idea de que exista 'algo' que sea la experiencia o el 'reflejo directo' del mundo que está a la base. La narración misma ya es una experiencia relatada desde un punto de vista o perspectiva que, de ningún modo, es la única practicable (y esa es la condición de posibilidad de su existencia).

Lo que se ofrece en una narración es producto de una empalme de diferentes 'realidades' y ficciones, o quizás deba decir sólo de ficción ya que la ficción es una realidad (pero no el sentido de los realistas). En estos cruces también se complican el sentido común, los imperativos sociales y familiares, idearios, convenciones de la narrativa misma y del narrador, entre tantas otras. Pretender que esta mixtura maravillosamente condimentada en cada caso 'refleja' la Realidad (así, con mayúsculas) o incluso que 'refleje' la Experiencia es algo remilgado. Lo que sí se pone en evidencia en la narración es que ella es una destilación o designación realizada, de facto, de una serie de elecciones hechas por el narrador. En el mejor de los casos el lector (asesor), al menos, debiera tener presente algunas cuestiones tales como:

- ♦ La organización que enlaza un relato con otro no posee existencia fuera del relato, es producto de una experiencia particular dada en el acto de narrar. Cada conjunto de narraciones es capaz de encarnar relaciones muy complejas. Esta situación exige que el asesor tenga que leer y ensayar, antes que hacer sumarios o juzgar narraciones concretas o hacer paráfrasis que cuestionen la coherencia, consistencia, verdad, etc. de la narración.
- ♦ No hay que olvidar que todo narrador está siempre enlazado con el ejercicio de actor social y, por tanto, acarrea consigo la potestad de la historia y la sociedad. La autoridad del narrador se traba con experiencias expresadas en una determinada secuencia que conecta normativamente y autovalidan su narración. De modo tal que el narrador liga su texto a circunstancias reconocibles y, por tanto, existencialmente, referenciales.
- ♦ Cada narración, al confirmar y enfatizar en sus conclusiones una serie de jerarquías subyacentes de familia, sentido de propiedad y pertenencia, de relaciones sociales, etc., imparte en esa graduación un potente sentido

escénico de un área compartida que es necesario respetar como tal. En la narratividad se puede ver de qué manera el productor explora, atraviesa y carga esos lugares con valores confirmatorios (positivos o negativos). Igualmente potencia o no, determinados registros, una lógica interna, ordenaciones y observaciones provenientes del narrador, refrendando su propio discurso, discurso que muestra un punto de vista de qué y el cómo de las cosas y de su universo de referencia.

- ♦ La narración es una práctica, un modo de hacer (regulado, reflexionado, intuitivo, inconcluso o abierto), que se presenta como real para la narración y puede tener un desenlace más o menos presente, no obstante cualquier final es sólo una posibilidad entre un universo de oportunidades que implican una elección.
- ♦ El pasaje de la narratividad-ficción permite generar una ontología crítica del sí mismo, no como una teoría o doctrina, ni como un conjunto de conocimientos que puede aumentarse, sino como una actitud (actitud filosófica) en la que la crítica a lo que se es comporte la posibilidad de experimentación y trasgresión de cualquier identidad.

La asesoría que trabaja en el discurso de la narración-ficción no ‘conoce’, sino que merodea las existencias sin tener que recurrir a las figuras de yo escucho, yo miro, yo interpreto, yo intervengo, no interactúa en el discurso del otro, ‘viene’ en las palabras para tantearlas y no sólo para recibirlas, resbalando por la alteridad, adentrándose en el vértigo de lo plural que se presenta en la densidad de lo singular.

Señalar lo inconcluso de la reflexión de este escrito, sería intentar cerrarlo en lo obvio, pero sellarlo con la letra de Juan José Saer sea, quizás, ajustar algunas conjeturas:

“Pero que nadie se confunda: no se escriben ficciones para eludir, por inmadurez o irresponsabilidad, los rigores que exige el tratamiento de la ‘verdad’, sino justamente para poner en evidencia el carácter complejo de la situación, carácter complejo del que el tratamiento limitado a lo verificable implica una reducción abusiva y un empobrecimiento. Al dar un salto hacia lo inverificable, la ficción multiplica al infinito las posibilidades del tratamiento. No vuelve la espalda a una supuesta realidad objetiva: muy por el contrario, se sumerge en la turbulencia, desdeñando la actitud ingenua que consiste en pretender saber de antemano cómo esa realidad está hecha. No es una claudicación ante tal o cual ética de la verdad, sino la búsqueda de una un poco menos rudimentaria.”⁷

⁷ J.J. SAER, *El concepto de ficción*; Buenos Aires; Seix Barral; 2004, pág. 11.

bibliografía

- ◆ M. FOUCAULT, *Tecnologías del Yo. Y otros textos afines*; Trad. M. ALLENDESALAZAR; Barcelona; Paidós; 1991.
- ◆ *Hermenéutica del sujeto*; Trad. F. Álvarez Uría; Buenos Aires; Altamira; 1991; S/D.
- ◆ *El Yo minimalista y otras conversaciones*; Buenos Aires.; La Marca; 1996.
- ◆ *El orden del discurso*; Trad. A. GONZÁLEZ TROYANO; Buenos Aires; Tusquets; 1992.
- ◆ *Microfísica del poder*; Trad. J. VARELA y F. ALVAREZ-URÍA; Madrid; La Piqueta; 1992.
- ◆ *Enfermedad mental y personalidad*; Trad. E. KASTELBOIM, Buenos Aires; Paidós, 2003.
- ◆ G. DELEUZE. *Derrames. Entre el capitalismo y la esquizofrenia*; Trad. Equipo Cactus; Buenos Aires; Cactus; 2005.
- ◆ M. CRAGNOLINI, “Metáforas de la identidad. La constitución de la identidad en Nietzsche”; en G. MELENDEZ (comp.), *Nietzsche en perspectiva*; Bogotá; Siglo del Hombre; 2001; págs. 49-61.
- ◆ J.J. SAER, *El concepto de ficción*; Buenos Aires; Seix Barral; 2004.